



NEILAN, Marshall

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.

9

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

LAYETANA, 12

BARCELONA

* LA COMEDIA SOCIAL

Sentimental producción, interpretada
por la gentil

Betty Bronson, Louise Dresser, Ford
Sterling, Lawrence Gray, etc.

Henry Walthall, Short Holmes

Es una Producción PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



* Volum I. Zúñiga, pag. 124

HORTA, impresor-Barcelona

La Comedia Social

Argumento de la película

Corría el año 1908. Una compañía cómico-dramática trabajaba en el Teatro Nacional de Medford, en Oregón. Pronto acabaría la temporada después de haber realizado durante algunos meses una buena actuación.

Figuraba entre los artistas el matrimonio Singleton, que tenía una hija de pocos meses y que, constantemente, estaba peleando.

Cierto sábado, Singleton, después de haber bebido más de lo regular, como era costumbre en él, regresó a su camerino. Encontró a su mujer hablando con Daniel Anders, uno de los actores que había entrado a traer jarabe de la tos para la niña. Al verle allí, el marido le dijo en forma violenta:

—Anders, ¿es éste tu camerino o el de mi mujer?

—Pero, Pablo... traje la medicina...

—Nada debes hacer aquí...

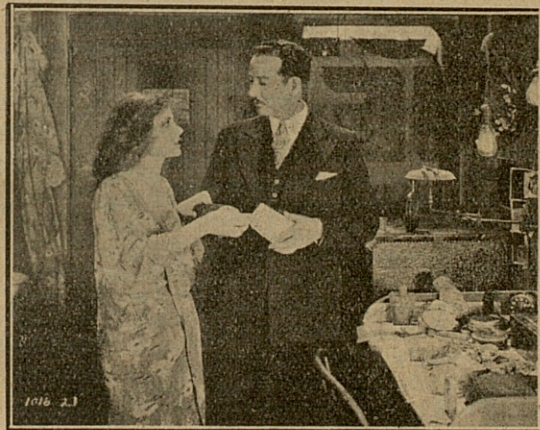
Anders salió precipitadamente, no queriendo discusiones con aquel compañero medio borracho.

Gracia, su mujer, le miró con melancolía y acarició a la nena. ¿Por qué aquel carácter agrio y duro de su marido?

Entró un empleado de la administración del teatro entregando a Gracia, en un sobre, el sueldo de la semana.

Cuando hubo marchado, Singleton pretendió apoderarse del dinero.

—Pablo, deja que lo guarde yo..., quédate sólo con una parte. Va a llegar el verano, se acabará la temporada y no tendremos ni un centavo.



—Pablo, deja que lo guarde...

—¡Venga el dinero! — rugió él—. Lo necesito para mí, no para que lo ahorres estúpidamente.

—Pues todo no te lo daré. ¡Piensa en nuestra hija! Le ofreció un billete que él rechazó.

—¡Lo quiero todo, entiendes, todo! — gritó Pablo. Y la zahirió brutalmente con una agresividad de borracho, pretendiendo arrebatarse los últimos billetes. Le pegó un bofetón y ella se revolvió gritando y queriendo librarse de los brazos fornidos.

—Siempre llevándome la contraria... ¡pues toma, toma!

—¡No lo tendrás! ¡Lo robas a nuestra hija! ¡Canalla!

Un revólver brilló en la mano de Pablo; fué una exhalación seguida de un fogonazo. Singleton acababa de disparar contra su mujer.

Ella se señaló el pecho bajo cuyas ropas iba extendiéndose rápidamente una mancha de sangre y cayó en un rincón con un lamento entrecortado...

La niña lloraba, atemorizada por el disparo, y el marido con gesto de horror contemplaba a su mujer.

En la estancia contigua se hallaban los doctores Miguel Poole y Ernesto Rice, que estaban contando el dinero de la semana que acababan de entregarles.

Dejaron de hablar al escuchar el disparo, corriendo precipitadamente hacia el cercano camerino. Otros artistas acudieron también, presentándose ante ellos el cuadro trágico de un crimen.

Todo lo comprendieron, el gesto brutal de él, el revólver humeante. Fueron a levantar a la víctima que murmuró con voz agonizante, miránolos con ojos ya casi sin luz:

—Pablo... no sabía... lo que estaba... haciendo... Le perdono...

La hijita lloraba, y Gracia, escuchando el dolor de la pobre muñeca inocente, dijo con una voz que iba extinguiéndose por momentos:

—Quisiera... que... fuérais... tan buenos... con mi hija... como lo habéis sido... conmigo...

Miguel y sus compañeros sostenían el cuerpo de aquella joven madre. ¡Pobrecita! ¡Qué fin el suyo!

El marido, en un rincón, tenía una sonrisa crispada... Llegó rápidamente el médico, examinó a Gracia y se volvió a levantar con un gesto impotente. Nada se podía hacer: estaba muerta...

La policía penetró en el camerino procediendo a llevarse a Pablo que tenía un gesto fatigado... Sin mirar a nadie, salió de allí, sintiendo que sus piernas se doblaban.

Miguel cubrió el rostro de la víctima y luego cogió en brazos a la pequeña niña.

—Pobrecita... no te abandonaré... no tendrás que ir a ningún Asilo. ¿Qué culpa tienes tú de la tragedia?

Y salió con el tierno peso de la chiquilla, acompañado de algunos actores que comentaban el epílogo trágico de aquella desavenencia matrimonial.

Al día siguiente, el actor Miguel Poole, convocó a sus fraternales amigos de la compañía: Ernesto Rice, Daniel Anders y Clayton Budd. Los cuatro eran solteros y todos se creían con derecho a adoptar a la pequeñita, puesto que Gracia había encomendado a todos ellos su educación. Therpe, un editor que se había convertido en buen amigo de los actores, quiso también intervenir en el asunto. Deseaba amparar igualmente a aquella muchachita inocente.

Miguel habló:

—Puesto que su madre nos encargó de su educación, yo creo que ella debe correr a cargo de nosotros cinco. Seremos todos felices pudiendo tener a nuestro lado a una niña. Pero a ella debemos evitarle la deshonra de su familia y por tanto, uno de nosotros ha de adoptarla como hija ante la ley... ¿Qué os parece?

—Conformes — dijo Ernesto—. Vamos a decidir por la suerte a quién le toca ser el padre legal.

Unas bolas decidieron el sorteo y Miguel Poole fué agraciado con la paternidad.

—¡Bravo, Miguel! — le dijo Clayton—. ¡Pero nosotros seremos en cierto modo sus papás!...

—¡Sí, cinco papás tendrá la niña Doris!

Miguel, satisfecho, corrió con la niña al juzgado

y la inscribió como hija suya. El juez le entregó un documento que decía así:

De consiguiente, se manda, adjudica y decreta, que el infrascrito Miguel Poole y la mencionada Doris Singleton serán considerados de acuerdo con la ley, como padre e hija.

Dado en este día nueve de Octubre de 1908.

R. A. Sommer.

Juez de la Corte Suprema

Desde aquel instante, Miguel se sintió inmensamente feliz. Su alma de célibe, nunca perturbada por las atracciones del amor, experimentó los maravillosos encantos de la paternidad. Y también sus compañeros se vieron invadidos de un sentimiento igual. Doris era hija de los cinco, una niña a la que todos tenían el deber de atender.

Algún tiempo después, terminó la actuación de la compañía en Medford, y los cómicos marcharon a otra cercana localidad a continuar sus representaciones.

En el tren los cuatro actores jugaban a los naipes con el editor que había querido seguirles. La niña dormitaba...

Miguel le dijo a su compañero Ernesto:

—Préstame los cinco dólares que me debes...

Ernesto le entregó un billete y dijo:

—Estos diez es todo lo que tengo. Tómalos y me debes cinco a mí...

Miguel los puso en el juego y perdió...

—No quiero tocar una carta más — dijo levantándose.

Y se acercó a la pequeña Doris besándola suavemente en los hoyuelos de aquellas manos de nieve.

—¡Muñequita...!

Luego, para matar el tiempo, leyó un periódico.

Una noticia pareció destacarse ante él como si tuviera letras de sangre.

Una ejecución.

Esta mañana a las cinco y cuarenta y un minutos, Pablo Singleton, convicto asesino de su esposa, pagó con la vida su horrendo crimen, en la horca levantada en el patio de la Penitenciaría.

Horrorizado, mostró el diario a sus amigos. Todos se miraron con estupor, con un gesto doloroso.

—La niña debe ignorarlo siempre — dijo Miguel—. Jamás debe sentir esta vergüenza sobre sí. ¡Todos sabéis que es mi hija!

—¡Sí, tu hija, nuestra hija!

Y los cinco hombres solteros, parecieron formar una guardia de honor alrededor de la niña...

Pasaron diez y siete años, durante los cuales el quinteto paterno funcionó sin interrupción. Doris Poole se había convertido en una preciosa muchacha a quien los cinco padres adoptivos habían educado con todo esmero. Y todos la adoraban y ella les correspondía...

Doris vivía feliz con sus cinco padres. Trabajaba como ingenua en el teatro donde Miguel y sus compañeros representaban. La habían preparado convenientemente y puesto a su disposición todos los elementos para que fuese una buena actriz. Y lo era.

En su misma casa se ensayaban las comedias y dramas que luego tenían que representarse. A veces ella aparecía ante los cinco hombres, disfrazada con barba y gafas, y todos reían sus travesuras de buena ley...

Doris se creía hija de Miguel y casi hija de los

otro cuatro solterones, en quienes la edad había puesto sus dentelladas mortales. A unos había sembrado de arrugas el rostro, a otros, su violenta zarpa arrancó sus cabellos de un tirón.

Muchas veces, Miguel y Ernesto disputaban aún por una deuda que dieciocho años antes el primero había contraído en el tren. ¡Cinco dólares! Miguel no se los había devuelto todavía.

Cierto día, Doris tuvo que realizar varias diligencias por la ciudad, y cogió un taxi. Era el chofer un joven llamado Teodoro Potter que sólo estaba satisfecho cuando ocupaban su automóvil lindas pasajeras.

Al ver subir a Doris el muchacho se entusiasmó. ¡Era bonita la viajera! Y de no parecer indiscreto "extrañado, se hubiera negado a cobrarle el importe del taxímetro.

Ella, después de haber ido a la iglesia y realizado varias compras, despidió el coche con el propósito de dirigirse al teatro.

Teodoro lamentó aquella ausencia y siguió lentamente en el auto a la bella mujer. Quería saber dónde iba.

Ella, ajena a esa persecución del chofer, avanzó rápidamente. Un tenorio callejero, hombre viejo pero con el cabello pintado, la fué siguiendo de modo provocativo.

Doris, rechazando a aquel admirador, llegó a la puerta del teatro por donde entraban los artistas. El don Juan se acercó a la joven y quiso darle una tarjeta:

—¿Quiere usted venir a cenar esta noche conmigo? ¿Estaríamos tan bien!

—No se moleste, haga el favor...

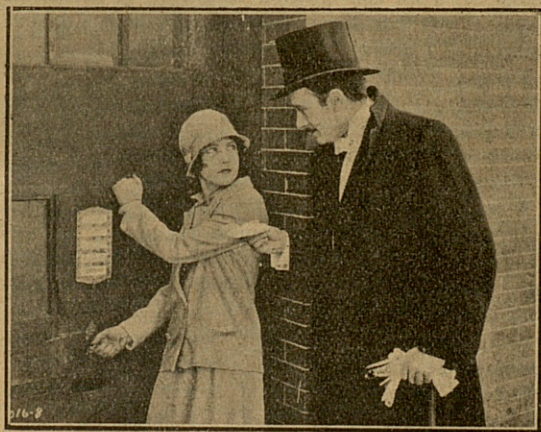
—¿Por qué es usted tan arisca, gatita? ¡Ande, subiremos a un coche...!

Ella llamó impaciente a la "puerta" del escenario,

deseosa de librarse del importuno. Este insistía y pretendía cogerla por un brazo.

Teodoro bajó del coche y viendo una manguera de riego junto a la acera, la aplicó en dirección del tenorio que tuvo que retroceder asustado ante el imprevisto chorro de agua fría...

El remojón consiguiente hizo temblar de frío... y



—¿Quiere usted venir a cenar esta noche...?

de miedo al don Juan, quien puso pies en polvorosa.

Doris reía a carcajadas.

—¡Gracias... muchas gracias joven!...

Y sin decirle nada más, pues acababan de abrir la puerta, se metió dentro, después de saludarle con la mano...

Teodoro Potter sintióse repentinamente interesado por aquella chiquilla, que debía ser artista de tea-

tro. Tomó una butaca y después de dejar el *auto* en su garage, se dirigió al Teatro.

La compañía trabajó bien, pero a Teodoro no le interesó más que una cosa: la muchacha. Tenía una voz fina y unos ademanes graciosos.

Durante uno de los entre actos, en el salón fumador, Teodoro saludó a Therpe, el editor, antiguo amigo suyo. La conversación recayó en la muchacha.

—Esa jovencita tiene un gran porvenir. ¡Con qué naturalidad trabaja! ¿La conoce usted?

Therpe, riendo, contestó:

—Tengo en ella una especie de quinta parte de interés paterno. ¿Quieres que te la presente, Teodoro?

—Lo estoy deseando...

—Luego podrás hablar con ella.

Al terminar la función, Therpe fué con Teodoro a la casa donde vivían los cinco amigos.

—Os presento a Teodoro Potter, un buen amigo mío... Doris, has estado admirable esta noche. Teodoro viene a felicitarte...

—Sí, señorita. La felicito. Ignoraba que tuviésemos en esta ciudad tan gran actriz...

Doris le reconoció como al chofer que horas antes había castigado el tenorio. Le tendió amistosamente la mano y dijo:

—No sé por qué supuse que nos tendríamos que ver otra vez...

Miguel y sus compañeros recibieron cordialmente a Teodoro que fué a hablar, en un ángulo apartado del salón, con Doris.

Los cinco solterones contemplaron a los muchachos con una leve sonrisa interrogante.

—La niña va creciendo — dijo Miguel — y necesita la compañía de la juventud. Nosotros ya somos demasiado viejos para ella...

—Así es la vida, Miguel — dijo Daniel Anders—. No privemos sus derechos.

Teodoro permaneció junto a Doris casi una hora. Luego se levantó, prendido ya en los encantos de aquella mocita.

—Si ustedes me lo permiten — dijo Teodoro —, me honraría mucho con su amistad... Desearía visitarles alguna que otra vez...

—Hasta que usted quiera — respondió Miguel—. Basta que nos haya sido usted presentado por Therpe...

Teodoro salió de allí, encantado de aquella simpática familia.

Y desde aquel día, todas las tardes, día, tras día, se repitió la misma canción. Teodoro iba a casa de los cinco padres. Pero los actores le interesaban mucho menos que la linda Doris. Y él iba sintiéndose poco a poco, saturado de las bellezas que encierra un alma noble de mujer...

Mientras ellos hablaban en el cercano jardín, en el interior los cinco amigos jugaban a los naipes y sacaban de vez en cuando a relucir el incidente de los dólares que Miguel no había querido devolver nunca a su compañero Ernesto.

—Hace diez y siete años que se están peleando por cinco dólares — dijo Doris a Teodoro al escuchar la eterna cuestión—. Pero a pesar de sus disputas, no había quién los separase ni por un millón de dólares. ¡Se quieren tanto! ¡Vivimos todos muy unidos, Teodoro!

Cierta tarde, sentados en el banco del jardín, Teodoro dijo a su amiguita Doris:

—Señorita Poole, ¿qué concepto tiene usted formado del matrimonio?

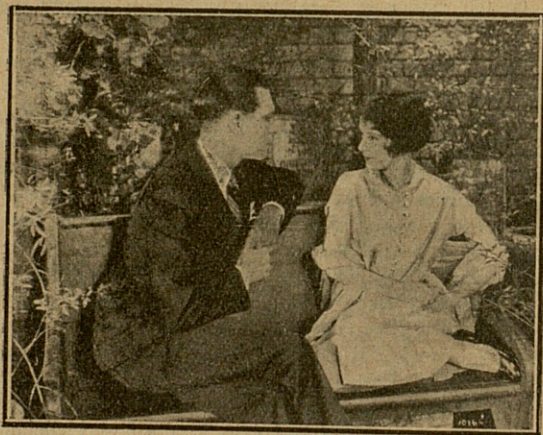
Ella sonrió y respondió con un mohín divertido: —Pues verá usted. A mí no me parece mal del todo...

Y le miró con sus grandes y negros ojos. El bajó los suyos, sintiendo la nerviosidad de la primera de-

claración. Amaba a Doris, insensiblemente se había ido enamorando de ella hasta constituir la ilusión de su vida.

—¿Quiere usted... quiere usted... casarse conmigo? — preguntó.

Doris parecía esperar ésto y como tampoco le dis-



—Señorita Poole, ¿qué concepto tiene usted formado del matrimonio?

gustaba su amigo, le respondió con tranquilidad:

—¿Por qué no?

—¡Oh, Doris! ¿de veras no me rechaza, de veras?

—Ya lo ve usted. Pero tendría que consultarlo antes usted con mis padres.

—¡Ahora mismo!

Y audaz, la besó en los labios. Doris no se apartó. ¡Le amaba!

Pero Miguel Poole, asomado a la ventana, acababa de sorprender el beso. Entre disgustado y alegre, llamó a sus amigos:

—Ese chico nos la quita. Se estaban besando. Deben ser novios...

Y todos se miraron tristemente como si adivinaran la separación cruel y egoísta del amor que separa los hijos de sus padres.

Teodoro y Doris entraron en la habitación. Los cinco amigos les miraron. Y el muchacho no queriendo prolongar el silencio de sus amores, habló.

El pretendía casarse con Doris. La amaba con amor honrado y puro; él era un chico formal y Doris le correspondía.

—Bueno, bueno — atajó Miguel, con cierta frialdad—. Pero, ¿tiene usted alguna profesión lucrativa? ¡Se necesita mucho para vivir!

—Soy chofer de taxímetro — contestó él.

Los cinco padres se miraron, inquietos. Pero Doris, que conocía su profesión, no pestañeó.

—No está mal — dijo Miguel, queriendo ocultar su contrariedad—. Pero ¿cuánto gana usted?

—Sesenta, a veces sesenta y cinco dólares a la semana.

No les pareció a todos tan mal el sueldo.

—¿Podría mantener a su mujer con esto?

—Yo creo que sí. Pero además de los sesenta y cinco dólares, tengo un millón más en obligaciones del Estado...

—¿Un millón de dólares? — gritó Miguel estupefacto—. ¡Ya es ahorrar! ¿Cuándo nos consigue otros cinco taxímetros como el que tiene?

Doris le miraba con asombro. ¡Cómo pudo creer tan rico a ese muchacho! Únicamente Therpe parecía no extrañarse de nada...

—El millón de dólares lo heredé — siguió di-

ciendo Teodoro—. Hago de chófer para estudiar el ambiente de una novela que estoy escribiendo.

—Usted está recitando un cuento de las Mil y una noches, querido...

—Nada de eso — dijo Therpe—. El joven dice la verdad. Es el heredero de Potter, el fabricante de conservas vegetales. No os lo dije antes porque quería que lo conocieseis como hombre y no como heredero...

—Si es así... pero nosotros somos pobres, ¿ya querrán en su casa este matrimonio? — dijo Miguel.

—Ya les convenceré — respondió Teodoro—. Los enamorados no perdemos nunca. Doris, yo te prometo que pronto seremos marido y mujer...

—Ay, Teodoro, me da el corazón que no podremos casarnos.

—¡Qué tontería! ¿Quién podrá apartar de mi alma tu amor?

Y despidiéndose de Doris y de los amigos salió, contento de haber conseguido su autorización... Ahora faltaba la de casa. ¡La ganaría también!

Y entretanto, en aquel hogar de Doris, reinaba la alegría. Teodoro parecía un buen muchacho y los cinco padres sonreían viendo la felicidad de la chiquilla...



La madre de Teodoro, Anastasia Potter, dirigía los inmensos negocios de la casa. Mujer de espíritu negociante, ocupaba su mesa de trabajo, de la mañana a la noche, en una constante lucha de actividad. Era seca, dura en sus órdenes que no admitían protestas. Y por contraste, Jorge, su marido, tenía la importancia de un cero a la izquierda en los asuntos industriales y familiares.

Amaba únicamente el golf... y las mujeres, y de-

jaba para su esposa todo lo demás... el trabajo... la fábrica... la lucha.

Una mañana en que, por casualidad, Jorge había ido al despacho de su mujer, ésta le dijo:

—Teodoro, me tiene preocupada... Parece que el muchacho se nos está escapando, y en la familia nos hace falta un *hombre*.

El marido no pareció protestar contra esta marcada alusión y se limitó a sonreír.

—Nuestro hijo no tiene remedio — dijo —. Comprendo que el negocio no le atraiga, pero que no le guste el *golf* me sorprende...

Salió de allí porque la atmósfera de la oficina parecía privarle la respiración. Amaba tanto la libertad de la calle...

Al marchar se encontró con su hijo y los dos se saludaron... ¡Aquel célebre Teodoro! ¡Ejercer de chofer pudiendo vivir como un millonario!

Teodoro entró en la oficina de su madre.

—Gracias a Dios que se te ve, hijo mío. Creo que ha llegado el momento de que me ayudes. Te necesito en el negocio.

—No, mamá — respondió él—. Quiero poner el nombre de Potter en algo más noble que las latas de conservas... Al frente de una novela, seguido del título de un drama...

La señora Potter le miró disgustada:

—¡Todo mi esfuerzo inútil! Yo que pensaba que tú serías mi heredero en la fábrica. He trabajado hasta descarnarme las manos para levantar este negocio, he luchado para crearte un porvenir y de nada me ha servido... Si me sucediese algo, tu hermana no podría llevar la fábrica... Y en cuanto a tu padre...

Calló para continuar friamente:

—A tu padre le interesaría el negocio si en vez

de conservas fabricásemos bolas de golf y ligas para señoras... Teodoro, si tú me ayudases...

Viendo el disgusto de la dama, el hijo pareció conmoverse y respondió con una sonrisa de resignación.

—Está bien, madre. Puedes contar conmigo...

—¡Qué alegría me das, Teodoro!... La semana que viene partirás par Tokio. Nuestra sucursal del Japón necesita un hombre joven como tú...

—¿La semana que viene? — respondió Teodoro, recordando la entrevista que el día anterior había tenido con Doris y sus cinco padres—. ¿No te parece que vas muy aprisa, mamá? He conocido a cierta muchacha y...

Una sonrisa de rencor se dibujó en los labios de la señora.

—Teodoro, no puedes negar que eres hijo de tu padre... ¿Y quién es esa muchacha que has conocido?

—Es una joven admirable en cuanto a carácter, y como linda, hay pocas mujeres que la igualen. Es adorable...

—Todas son adorables — dijo ella con resignación—. Pero en fin, si es tan admirable como tú me la pintas, puede ser que a mí también me guste... Ya hablaremos de eso...

Teodoro se despidió de su madre, contento del resultado de la entrevista. Pero cuando supiese que ella era una chica pobre, una cómica...

El enamorado joven fué a comunicar a Doris aquella conversación. Creía vencer la obstinación materna.

Luego, cuando regresó a casa, contó todas sus ansias de amor a su hermanita Bárbara, una muchacha bondadosa que en las cuestiones de corazón no veía diferencias de dinero.

Unos días después, la señora Poole leía aterrada, en un diario de la localidad esta noticia:

Los amigos del joven Teodoro Potter no ocultan la sorpresa que les ha producido la pasión que en él ha despertado Doris Poole, ingenua del Alcázar. Se anticipa que cuando la mamá del joven Teodoro se entere de esos amores, la explosión se dejará oír a cien kilómetros de distancia.

—¡Una actriz!—rugió.

Llamó a Teodoro que confesó la verdad. El amaba con toda su alma, y no se había preocupado de si tenía o no dinero...

—Si tú la conocieras, mamá, estoy seguro de que te seduciría...

—Sí, quiero hablar con ella. Darme cuenta de qué gente es... Nosotros tenemos muchos millones para emparentar con unos cómicos miserables...

—¡Oh, no son tan pobres!

—Hablaré con ellos y con mis propios ojos juzgaré...

La señora Potter se apresuró a pedir informes a una agencia sobre la vida de Doris Poole y, al mismo tiempo, escribió esta carta a Miguel, el padre adoptivo de la muchacha:

Mi apreciado señor Poole:

En vista de las relaciones que parecen existir entre mi hijo y su hija, creo conveniente tener una entrevista con usted en su propio domicilio, con mi marido y mis hijos, el próximo domingo a las cinco de la tarde.

Suya atta.,

Anastasia de Potter

La señora Potter estaba impaciente esperando el día de la cita. El sábado por la tarde habló de aquel asunto a su hija:

—Mañana, a la hora del te, iremos a ver a esa actriz y no hay duda de que sus vulgaridades curarán a Teodoro de su loca pasión.

—No me parece que Teodoro sea tonto en escoger una muchacha que no le convenga... —dijo Bárbara.

—Lo veremos y no será difícil que le encontremos algún defecto. ¡No hay una persona en el mundo que no lo tenga!

Bárbara se marchó preocupada. Temía a su madre y le daba lástima Teodoro. Con repentino impulso de cariño, buscó en el listín telefónico la dirección de los artistas y llamó a Miguel.

Miguel y sus amigos habían recibido ya la carta de la señora Potter y comentaban su probable resultado. ¿Verían realizado el casamiento de Teodoro y la niña? El primero fué al aparato telefónico y escuchó estas palabras:

—La señora Potter va a ir a verles a la hora del te —dijo la voz de Bárbara—, con la esperanza de que hará quedar en ridículo a Doris. La señora no está conforme con los amores de Doris y su hijo... Y es preciso hacer algo para evitarles un disgusto a los jóvenes.

Cortó la comunicación sin que Miguel lograra averiguar quién había llamado. ¡Diablo! La situación se complicaba. Lo que ellos temían iba a tener una realidad. La señora Potter se negaba a autorizar aquel matrimonio.

Explicó el caso a sus amigos y todos dieron el pleito por perdido. Cuando la orgullosa dama pisara aquella casa sencilla, de muebles baratos, donde todo era limpio, pero sin valor, no permitiría la boda de su hijo! ¡Ah, las separaciones sociales, el orgullo pueril que pone barreras para el amor!

—Hemos de hacer algo. Si nos ve así, no consentirá que se case su hijo...

—Una idea —dijo, de pronto, Ernesto—. Lo mejor que podemos hacer es convertir esto en un teatro y como es en la farsa donde sobresalimos, no hay duda que destruiremos las maquinaciones de esa señora.

—Tienes razón —dijo Miguel, alegremente—. Mostrémonos ricos, millonarios y entonces ella nos aceptará... Hagamos una comedia en la vida, mintamos en el mundo como lo hacemos cada día en las tablas.

Doris se enteró del proyecto y en vano intentó quitárselo de la cabeza. ¿Por qué fingir? Ella quería presentarse sin otro título que su bondad.

—¡Pobre niña! Si todos tuvieran tu corazón, la mentira sería innecesaria. Pero no es así porque hay gentes a quienes escuece demasiado la verdad.

Y desde aquel momento, comenzaron a poner en práctica su idea. Telefonaron al teatro:

—Minnis —dijo Miguel a un encargado—. Mándeme a casa, en seguida, los mejores muebles que encuentre en el almacén...

Era necesario alhajar suntuosamente la casa dando una sensación de espléndida riqueza. Y telefonaron a otros cómicos amigos.

Luego llamaron a la característica de la compañía.

—Póngase el traje de cuarenta y tres dólares —dijo Ernesto—. Queremos que represente una dama de sociedad. Mañana, a las cinco, aquí... Los Potter van a venir a tomar el te con nosotros. Acuérdesse que usted será una tía de Doris, de la más rancia nobleza de Inglaterra.

En unas horas arreglaron la casa transformándola con lujo soberano. Teodoro, enterado del plan,

lo celebró, satisfecho. Sí, sí; a representar la comedia social; era el modo de vencer a una mujer orgullosa como su madre. Y él mismo les ayudó a corregir ciertos detalles.

Y llegó el domingo. La indumentaria de los cinco amigos había sufrido también una honda transformación. Ahora vestían de chaquet, lujosamente, como personas de alta importancia. Ernesto, para realizar el plan, se conformó con vestir una librea como si fuera el mayordomo... Y Clayton, que era calvo como una bola de billar, se compró peluca y un monóculo de cristal negro.

Todo estaba convenido. Doris sería una actriz que trabajaba únicamente por afición, sin que lo necesitase para vivir, pues su padre, Miguel, era inmensamente rico. Y los cuatro compañeros restantes serían amigos de alto copete, aristócratas que se honraban con el trato de Poole. De este modo la señora Potter tendría que confesar que se hallaba ante una familia de lo más florido y selecto.

En la tarde del domingo dió principio la representación de la farsa. Fueron llegando lentamente a la casa grupos de cómicos elegantemente vestidos, que cada uno debía representar allí su papel de aristócrata o de millonario. Miguel, de elegante chaquet, entregó su chistera gris a Ernesto dando a éste atinados consejos para que representara a la perfección su empleo de mayordomo.

A media tarde llegó la familia Potter, marido y mujer y sus dos hijos Bárbara y Teodoro.

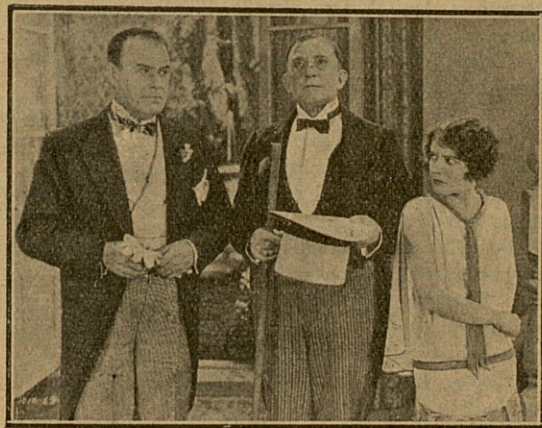
Miguel Poole, ceremonioso y cumplido — había tantas veces representado comedias en escena — se inclinó ante los recién venidos.

—¡Oh, señores, qué alto honor para mí! Mas, permítanme que les presente a mis amistades.

Teodoro y su hermana reían, complacidos de la

ingeniosa mentira. Y Anastasia y su marido tuvieron que confesarse que el mayor lujo reinaba en aquel hogar.

—Señora Potter — dijo Miguel, presentándole a la característica de la compañía—; ¿me permite que le presente a mi tía lady Cavendish, recién llegada de la India inglesa?



...dió principio la representación de la farsa...

Y Anastasia, mujer riquísima, pero sin títulos nobiliarios, se sintió deslumbrada al poder estrechar la mano de una dama de sangre azul. Y su satisfacción fué colmándose, haciéndole olvidar sus preveniciones, a medida que le fueron presentando otros invitados.

Miguel, sonriendo, iba ejerciendo de maestro de ceremonias...

—El conde de Putney... el marqués de Anders...

el duque de Clayton... el barón Therpe — dijo, señalando a sus amigos.

La señora Potter estaba radiante de satisfacción. ¡Cuántas relaciones las de aquella prócer familia! Y ella miraba con el rabillo del ojo a su hijo, como agradeciéndole que no hubiese elegido mal... En cuanto a la muchacha, parecía ingenua y buena...

Doris estaba triste. Una vez que Miguel dejó un instante a los Potter, ella le llamó y le dijo al oído:

—Estoy horrorizada. ¿Qué va a ser de nosotros si se descubre la farsa?

—¿Acaso ellos no están también representando una farsa? — contestó Miguel—. Son gente rica, pero carecen del refinamiento de la alta sociedad... Cuando tengas mi edad, verás que en el mundo todos somos actores.

Ella calló, no pareciéndole en la inocencia bella de sus pocos años, que estuviese bien lo que se hacía... Pero Teodoro se acercó a ella para ofrecerle una taza de té, y la consideración de que defendía su amor le hizo tolerar la mentira.

Ernesto, vestido de criado, le dijo, de pronto, en voz baja a Miguel:

—¿Cuándo me devuelves los cinco dólares? Un personaje como eres en este momento, no debe tener deudas con sus criados.

—Si no te callas, voy a darte cinco dolores en vez de cinco dólares — rependió Miguel.

Y volvió otra vez al lado de los Potter, entablado con la dama una animada conversación.

—Señora Potter — le dijo con aire importante, de financiero—. ¿Me permite que la felicite a usted por la excelente manera de obrar en el asunto del cobre? Yo pensaba también comprar acciones semejantes...

Anastasia estaba encantada con aquel hombre y sus amigos. ¡Se conocía de lejos que eran gente distinguida! Y ella, mujer rica, pero sin gotas de sangre azul, se sentía feliz al lado de todos estos aristócratas de rancio abolengo.

Ernesto se acercó a Miguel y le dijo con gravedad:

—Señor, el chofer necesita cinco dólares para gasolina y aceite...

¡Ah, pilló! Miguel le echó una mirada violenta, implacable, y luego le entregó el billete. ¡Cómo se cobraba la deuda ante la señora Potter! ¡Y en un momento en que él no podía decir que no!

El señor Potter no había despegado los labios. Hombre insignificante al lado de su mujer, dejaba que ésta mandase.

Luego se habló del asunto principal. Y la señora Potter manifestó que tratándose de gente tan distinguida como era la de Miguel, no tenía ella inconveniente alguno en autorizar el matrimonio.

Una sonrisa triunfal se dibujó en los labios de todos. ¡La farsa triunfaba! La comedia tenía éxito!

Pero Doris temblaba en un rincón. Incapaz de mentir, viendo comprometida su felicidad, sabía que la mentira no podía prolongarse indefinidamente. Y al ver que la señora Potter se elevaba para marchar, se acercó a ella y le dijo delante de Teodoro y de los cinco amigos:

—Señora Potter, me es imposible dejarla marchar sin descubrirle a usted la verdad...

—¿Qué quiere usted decir?

Miguel y sus compañeros temblaron. ¡Estúpida! ¿Por qué dejaba ahora perder la ocasión? Y Teodoro la miró, desolado, indicándola que callase.

—Esta habitación no es más que un escenario — siguió diciendo Doris—, y nosotros somos los acto-

res de la farsa que representamos. Mi padre y mis tutores han hecho esto para impresionarla a usted y ayudarme a mí...

Una palidez de ira, al verse burlada de aquel modo, llenó el rostro de Anastasia.

—Deseo que les aproveche la broma... — gritó—. Parece mentira. ¡Farsantes! ¡Comediantes! Engañarnos así...

Y, furiosa, seguida de su marido, marchó de allí, mientras Teodoro abrazaba a Doris como una respuesta categórica y firme.

Doris lloraba.

—No te la dejes perder, Teodoro — dijo Bárbara con voz cariñosa a su hermano—. Doris es una muchacha encantadora...

Y Bárbara marchó, mientras Teodoro hablaba con palabra nerviosa:

Era preciso buscar una solución. El estaba enamorado de veras de Doris y no la abandonaría. ¿Por qué había hablado la chiquilla?

Miguel y sus compañeros estaban disgustados. ¡Cuando todo iba tan bien, haber confesado Doris la verdad! ¡Qué locura!

—No quise callar. No es la riqueza mía lo que ha de gustarles, sino yo misma, tal como soy — dijo Doris.

Anastasia, su marido y su hija habían subido al automóvil. La señora Potter sentía la excitación de la burla. ¡Ah, miserables, cómo se habían burlado de ella! ¡Y aquel Teodoro era quizás cómplice de la miserable farsa!

—Por cierto — dijo su marido—, que aquí tengo una carta que me dieron, al salir, para ti. Creo que es de una Agencia...

Ella rasgó, enérgica, el sobre y pasó sus ojos por estas líneas:

Muy señora nuestra:

Tenemos el gusto de participarle que hemos terminado nuestras investigaciones sobre el pasado de la señorita Doris Poole, hechas por encargo de usted.

El padre de dicha señorita fué ejecutado en Oregon el siete de noviembre de 1908, por haber dado muerte a su esposa. La niña Doris fué adoptada por un actor llamado Miguel Poole con quien vive en la actualidad.

Quedamos suyos affmos.,

Agencia de Detectives Scott

—¡Imbécil! — rugió la dama a su marido—, ¿Por qué no me has enseñado antes esta carta? No hubiera recibido la humillación de tener que hablar con esa gentuza...

Con un deseo feroz de humillar a los que se habían burlado de ella, sin atender las razones de los suyos, hizo retroceder el coche y entró de nuevo en casa de Miguel.

—Lea usted esto — dijo, entregando la carta a Doris—. Y dígame si es posible que mi hijo se case con usted...

Doris, extrañada, cogió aquel papel y después de leerlo, lo dejó caer, presa de un llanto y de una desesperación inmensas.

Teodoro había salido poco antes, pero al ver que su madre penetraba de nuevo en casa de Doris, vi giló, inquieto, en la calle.

—¡Dios mío, y yo nada sabía! ¡Qué horrible pena! — gemía la chiquilla.

Miguel leyó aquella carta y rugió de indignación.

—¡Señora, señora! — dijo, levantando el brazo—. ¿Qué ha hecho usted?

Y miraba a la pobre Doris que lloraba en un rincón, después de haber descubierto el secreto cruel de su existencia.

—Mi hijo marchará al Japón mañana mismo — siguió diciendo Anastasia—; lo siento, pero no puedo permitir ese matrimonio absurdo...

Los otros amigos habían leído aquel papel y se miraron desconsolados. Y la señora Potter salió de allí, orgullosa de haber podido humillar a los que habían pretendido zaherirla con su burla.

—¡Pobrecita Doris! — dijo Miguel, consolando a la nena—, desdichadamente es cierto todo esto. Pero yo te he querido siempre como una hija. Para mí has sido mi hijita del alma, pues tu madre quiso que nosotros fuésemos, los cinco, tus papás.

Ella lloraba, sintiendo agudos dolores en el corazón.

Teodoro apareció poco después. Había visto partir a su madre y tenía miedo.

—¿Qué les ha dicho mamá?

Doris, con lágrimas de verdadero dolor, le mostró el papel.

—Yo no sabía, Teodoro. ¡Qué desgracia!

El leyó la carta y se estremeció. ¡Qué nuevo y terrible muro iba a separarles! ¡Aquel pasado!

Y los cinco padres se miraban compungidos, sin saber qué partido tomar, pero comprendiendo que era preciso hacer algo para salvar a la muchachita, de aquel infierno.

Repuesto de su turbación, Teodoro dijo:

—Cálmate, Doris... Yo no hago caso de este papel... Te quiero a tí, Doris... y me casaré contigo.

—No, tu madre tiene razón, Teodoro — dijo la muchacha—. Sepárate de mí... vete aunque sea por un año, y cuando vuelvas, si todavía me quieres... tal vez...

El la miró conmovido, y comprendiendo que ella tenía razón, que las cosas se habían enmarañado de tal modo que se hacía inevitable esperar algún tiem-

po, salió en silencio, después de besar la mano de ella... No la olvidaría... y cuando volviese se casaría a pesar de todo. Lo juraba por su honor.

Y Doris se abrazó a Miguel. ¡Qué pena tan grande haber descubierto aquel secreto! Pero ella le amaría siempre igual como hija. El era tan bueno y le estaba tan agradecida...

**

La estrategia del Quinteto Paterno fracasó, mas de una conferencia ulterior desesperada surgió un plan menos desesperado.

Los cinco hombres se pusieron de acuerdo con un tal Dick, un amigo suyo que intervenía mucho en las operaciones de los buques. Doris se negó al principio a aceptar aquel plan, pero tanto insistieron, la hicieron ver que se trataba de tal modo de su felicidad, que acabó por ceder. ¡Estaba tan enamorada!

Al día siguiente Teodoro salía en un buque para el Japón. Tenía el alma muerta, pero comprendía que para calmar la impetuosidad de su madre y el desengaño de Doris, no había otro bálsamo que la ausencia. Unos meses de separación y luego volver al lado de la amada para casarse con ella...

Le despidieron en el muelle su madre y su hermana Bárbara. Esta estaba profundamente disgustada y Teodoro no podía ocultar tampoco su malestar.

—¡Adiós, mamá, adiós hermanita...!

—¡Adiós, Teodoro! — dijo la madre, conciliadora—. Ya ves que yo miro por tu bien. Para nuestro negocio conviene que vayas a Tokio, y si te portas como yo deseo y esperó, cuando vuelvas, veremos qué resolución tomamos — le dijo dándole a gustar una ligera esperanza.

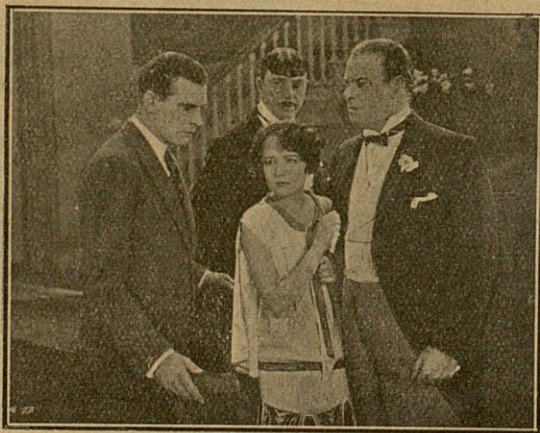
El, desolado, acusándose íntimamente de que no

debía abandonar a Doris, subió al buque y, desde cubierta, saludó de nuevo a las dos mujeres.

El buque iba a partir, comenzaban las operaciones de desamarre...

De pronto, la señora Potter vió pasar junto a ella a los cinco padres adoptivos de Doris que la saludaron con cierta ironía risueña. ¿Por qué estaba allí?

Ella se volvió despectiva para dar el último adiós



—Te quiero a ti, Doris... y me casaré contigo...

a su hijo. Pero, entonces, sus ojos se dilataron a impulsos de una sorpresa infinita...

Acababa de ver entre el pasaje, cerca de Teodoro, a Doris Poole... La mayor indignación se reflejó en los ojos de la orgullosa dama, mientras Bárbara sonreía y los cinco hombres reían a carcajadas.

El buque zarpaba ya...

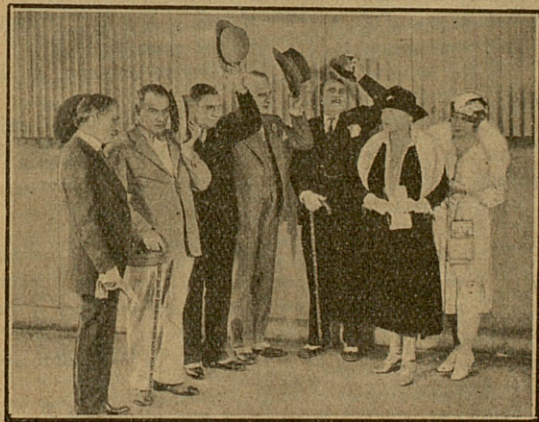
—¡Teodoro! — gritó la madre viéndose engañada—. Fuera de este buque...

Los gritos de los viajeros, mezclados con las sirenas, no dejaron oír su voz angustiada.

—Teodoro, desembarca inmediatamente — rugió.

Pero él, inocente de lo que ocurría, decía adiós con la mano...

El barco se fué alejando del muelle con marcha más rápida y Teodoro dejó de saludar; y al ir a su



...saludaron con cierta ironía...

camarote, descubrió a Doris. Y una sorpresa inmensa, incomparable, se reflejó en sus ojos.

—¡Pero, Doris, mi Doris! — dijo asombrado—. ¿Estoy soñando? ¡Tú aquí!

Ella sonrió:

—Me han encargado mis padres que haga un viaje para distraerme. Pero no sabía que estuviese usted en este buque — dijo con repentina seriedad—. Si no, no me hubiese embarcado.

—Mi novia, amada mía! Ahora sí que estamos pre-

nos los dos... y hemos de casarnos en seguida. Ninguna fuerza de lejos puede impedirlo. ¡Mi Doris, te quiero...!

Y ella reía entre lágrimas consoladoras, mirando al puerto que era ya una línea lejana y negra...

Y en el muelle, la señora Potter lloraba casi de indignación. Vió a los cinco actores que seguían manteniendo una sonrisa irónica y les dijo:

—Han triunfado ustedes de mí... Me han vencido. Pero, ¡qué despreciables son sus procedimientos!

—¡Oh, señora! Ellos se aman, se casarán, no lo dude... —dijo Miguel.

—Y por cierto que esta tarde mi diario —dijo Therpe—, publicará esta noticia, señora. ¿Qué le parece a usted?

Ella furiosa, leyó aquel papel:

Entre los pasajeros del vapor "Finlandia" que sale para Shanghai y otros puertos de Oriente, se encuentra Teodoro Potter, heredero de los millones y las fábricas Potter, y la señorita Doris Poole, joven actriz. Los amigos de los tórtolos se preguntan que dirá la señora Potter cuando se entere....

Nuestros lectores recordarán que la señora Potter, la formidable propietaria de la fábrica de su nombre, se ha distinguido siempre por su generosidad en aliviar el dolor ajeno, haciendo frecuentes obras de caridad....

Además, entre las numerosas actividades en las cuales la señora Potter se ha interesado figuran las de....

Y aquí una serie de nombres de instituciones benéficas a las cuales la señora Potter había favorecido con escasas cantidades.

Estas noticias parecieron conmover a la dama. En su orgullo, en su vanidad pueril, todo lo olvidó por verse elogiada en la Prensa...

—Vamos —dijo—, este pueblo parece que por fin comienza a apreciarme...

—Es que ha visto sus admirables dotes de organización y al propio tiempo caridad —dijo Therpe sonriendo.— Y usted, señora, cuyo nombre comienza a surgir en los periódicos con justo tributo de elogio, ¿querrá que la tachen de cruel e inhumana negando la felicidad a dos jóvenes que se quieren? Piense en las alabanzas que la tributan y no quiera usted mancharlas con un proceder que todos calificarían duramente.

El periodista hablaba a su vanidad, a su orgullo. Conocía el alma humana, sabía el poder que tiene la adulación...

Y tanto la elogiaron aquellos cinco hombres, representando de nuevo la comedia de considerarse admiradores suyos, que la señora Potter se dejó vencer y aún, resistiendo, tuvo que otorgar el perdón por la fuga.

—Es lo mejor que has hecho en tu vida, mamá... Verás ahora cómo te pondrán los periódicos. ¡Por las nubes! —dijo Bárbara.

—Yo le prometo a usted un artículo admirable —dijo Therpe—, que demuestre a toda la ciudad lo que vale usted.

Hablaron aún largo rato. La señora Potter, se dejó acariciar por las voces aduladoras del elogio... Y de aquella entrevista surgió este radiograma que en iaron al buque:

Teodoro Potter:

Vapor "Finlandia"

En Alta Mar.

Sentimos no poder estar todos en la boda. Dios os haga muy felices.

Vuestra madre y el Quinteto Paterno.

Y aquella misma noche, en el mar, el capitán del buque bendecía la boda de Teodoro Potter y Doris Poole...

Y después de la ceremonia, los dos novios, sobre cubierta, se besaron, mientras las olas parecían cantar una sinfonía nupcial.

F I N

Próximo número:

la preciosa novela

ALOMA DEL MAR

Asunto interpretado por

GILDA GRAY y PERCY MARMONT

DON JUAN y NOCHE NUPCIAL

por John Barrymore y Lily Damita,

respectivamente, son los dos últimos grandes éxitos de Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

Ediciones BISTAGNE

EN BREVE

ALMANAQUE

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA para 1928

Hágaselo reservar de antemano por su librero

